

MOMENTO ORANTE

Invoca al Espíritu, su aliento de vida recrea y sostiene tu vida. Su fuerza amorosa vence todo obstáculo. Su luz alumbrá toda oscuridad. Su gozo inunda nuestro ser y lo mueve a la alabanza.

Palabra de Dios: "Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14).

La Palabra se hizo historia, habitó como una tienda de encuentro entre nosotros. Jesús tomó nuestra carne, el amor le hizo pequeño.

Hemos contemplado su gloria. Arropado por el cariño de María y de José, está Jesús, recogiendo nuestro llanto y dejando en nosotros la alegría. En el Niño Dios vemos la gloria de Dios. Ahí nace la experiencia misionera, porque la gracia del Espíritu Santo ignora la lentitud.

Audición, con imágenes, de la canción: *Invítanos, Señor*, de Ain Karen (CD, *Según tu Palabra*).

SEÑOR, SAL AL CAMINO
E INVÍTANOS, DE NUEVO, A TRABAJAR EN TU VIÑA.
NO IMPORTA A QUÉ HORA,
NO IMPORTA A QUÉ PRECIO,
NUESTRA PAGA ERES TÚ Y TU REINO.
Los primeros serán últimos,
los últimos serán primeros.
Tu justicia y tu bondad, Señor,
trastocan nuestros esquemas.

Testimonio: "Ha aparecido la gracia, la misericordia, la ternura del Padre. Jesús es el amor hecho carne" (Papa Francisco)

Tomás Álvarez, *Así oraba Teresa*. – www.cipepar.org * cipe@cipepar.org



ORACIÓN TERESIANA. SÍNTESIS III

Este conjunto de cosas fue designado por la Santa con un término muy de su tiempo: «recogimiento». Es posible que esta palabra haya perdido en nuestro lenguaje el noventa por ciento de su eficacia, no sólo por llegamos lexicalmente menos rica de contenido, sino por no traducimos nítidamente la postura interior que se propone construir la Santa; y esto, porque la interiorización no es reclamo para nuestra psicología, ni es consigna favorita de nuestra espiritualidad. De ahí la necesidad de aceptarlo como término teresiano, prestando atención al contenido doctrinal depositado en él por la autora. Bastará un somero análisis de los capítulos centrales del *Camino* –26, 27, 28, 29–, dedicados a este argumento.

Los dos primeros tratan el aspecto más importante: introducir a Cristo en nuestra oración. Los dos últimos, el otro aspecto: entrar con nuestra oración dentro de nosotros. Son los dos elementos que integran el «recogimiento» teresiano.

Cada uno de ellos centra una de las personas que intervienen en el «trato de amistad». Cada uno, como veremos, con función propia, bien definida. El primero, para simplificar las cosas lo más posible. El segundo, para interiorizar y espiritualizar el acto, y así salvar el encuentro-dialogo del acoso de todo lo que en nosotros no es oración.

«*Procurad luego, hija, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando; y creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo*» (Camino 26, 1).

ORACIONES DESDE LA VIDA

28. Oración por el amigo

Teresa está en Toledo. En una iglesia de la ciudad se encuentra con un antiguo amigo. Es dominico, hombre de calidad. Pero ella lo quisiera más de Dios. Espontáneamente pasa del amigo ocasional, al Amigo permanente. De la conversación con el religioso, a la conversación con Dios. Me rogó él que le encomendase mucho a Dios. Y no había menester decírmelo, que ya estaba yo de suerte que no pudiera hacer otra cosa. Y voyme adonde solía a solas tener oración. Y comienzo a tratar con el Señor —estando muy recogida— con un estilo abobado que muchas veces, sin saber lo que digo, trato. Que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay de ella a Dios. Porque el amor que conoce que la tiene Su Majestad, la olvida de sí. Y le parece está en El, y como una cosa propia sin división habla desatinos.

Acuérdome que le dije esto, después de pedirle con hartas lágrimas que pusiese aquella alma en su servicio muy de verás (que aunque yo le tenía por bueno, no me contentaba, que le quería muy bueno), y así le dije:

«Señor, no me habéis de negar esta merced. Mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo».

¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, que no mira las palabras sino los deseos y voluntad con que se dicen! Cómo sufre que una como yo hable a su Majestad tan atrevidamente. Sea bendito por siempre jamás (Vida 34, 8).

31. Vos sois el Señor

Para San Pablo, el encuentro con Jesucristo en el camino de Damasco no fue un episodio pasajero. Siguió calando en su alma y configurando los sentimientos humanos y religiosos del

Apóstol. Algo así ocurrió a Teresa después del encuentro con Cristo.

«Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como quien tenía con El conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, era hombre. Que no se espanta de las flaquezas de los hombres. Que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que El había venido a reparar. Puedo tratar con él como con amigo, aunque es señor. Porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas... (Vida 37, 5).

¡Oh Rey de gloria y señor de todos los reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! Cómo no son menester terceros para con vos. Con mirar vuestra persona, se ve luego que vos sólo merecéis que os llamen señor, según la majestad que mostráis. No es menester gente de acompañamiento ni de guarda para que conozcan que sois Rey. Porque acá un rey solo mal se conocerá por sí. Aunque él más quiera ser conocido por rey, no lo creerán, que no tiene más que los otros. Es menester que se vea por qué creerlo, y así es razón tenga esas autoridades postizas. Porque si no las tuviese, no le tendrían en nada, porque no sale de sí el parecer poderoso. De otros le ha de venir la autoridad.

¡Oh Señor mío, oh rey mío! Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis. Es imposible dejar de ver que sois gran emperador en vos mismo. Que espanta mirar esta majestad, con quedar mayor para no ofenderos. Mas ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar y hablar con vos como quisiéremos, una vez perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos. Mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación del que sería perderos a vos (Vida 37, 6).